471 1494064

96

LA NOVELA
DE
BOLSILLO

GONZALO DE CÓRDOVA, 22
MADRID
Teléf. 4.610 :-: Apar. 644

La Novela de Bolsillo

Si yo te amaba; pero...

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

POR

CLAUDINA REGNIER

Dibujos de ZAMORA

PROPIEDAD

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

I

Primer amor, primer dolor...

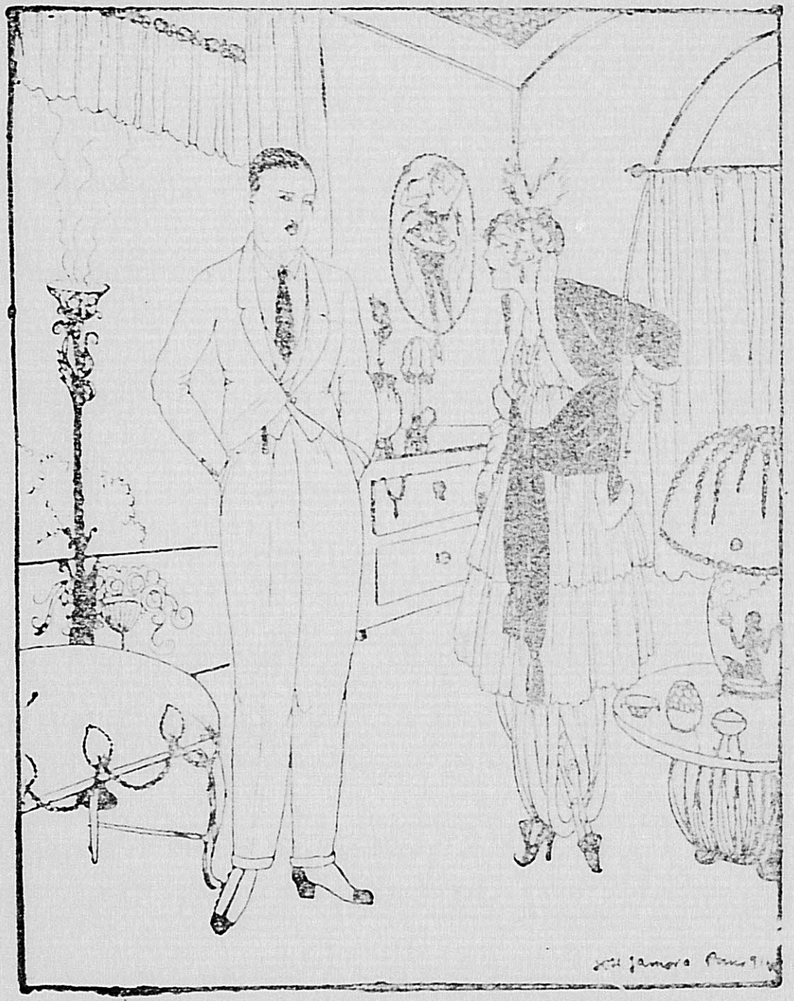
¡Gracias á Dios que estoy en Pinares! Habían empezado á irritarme las frívolas y alegres habitaciones del hotel de Madrid y el reluciente verdor del jardín esmeradamente cuidado. Ahora me hace más dichosa esta vieja y señorial mansión, asentada en una meseta cubierta de vegetación, y cuya lozanía no han marchitado aún del todo los fríos de Diciembre. La tapia de ladrillo que circunda la finca se desploma al peso de los años, y ya es un presagio de la desolación que reina en toda ella. El «castillo», como le llama pomposamente tía Laura, es un enorme y medio derruído caserón de viejas piedras grises, por cuyos largos corredores tejen las arañas sus complicadas redes sin temor á la curiosi-

dad del sol. Tiene tres pisos de grandes y destartaladas habitaciones, tan frías en invierno como en verano, y desde las ventanas del último se divisa un riachuelo de plata, la vasta extensión de pinares que integra la posesión y el caserío de Santacruz, situado entre San Fernando de Jarama y Torrejón de Ardoz. Al bajar los ojos se siente una indefinible tristeza contemplando el parque desierto. ¡Oh, viejo parque, sombrío como un cementerio, abandonado por la vida cortesana, que pareces llorar nostálgico la ausencia de tus dueños!...

Alrededor del estanque muerto florecen míseramente algunas pálidas rosas cautivas de las zarzas, y las acacias cabecean añorando unos pájaros que ya no volverán. Las lluvias han borrado los senderos, y los pinos centenarios, ahogados por la opresión de la hiedra, parece que van á morir.

Pinares es como un cardo entre rosas; una residencia donde apenas hay señales de vida; un retiro cercano á quien, sin embargo, no llegan fácilmente los ruidos de Madrid; un cómodo refugio para abismarse en el recuerdo, olvidando lo que nos conviene olvidar.

¡Qué grata es para mí la estancia en este viejo caserón, orgullo de mis abuelos, y que



por la incuria de tía Laura envejece más rápidamente! En toda su vida, no obstante su proximidad á la corte, no habrá venido más de veinte veces á esta finca; pero yo me he pasado largas temporadas acompañada de miss

Betty por Nochebuena, Semana Santa y en los meses de verano que no íbamos á Cauterets.

Aquí vivo unas tardes deliciosas recorriendo el parque, que parece dormir el sueño del olvido, ó aventurándome por los corredores del último piso del castillo con la esperanza de encontrar alguna habitación secreta que me revele algún misterio terrible. Y dulcemente preocupada con esta *niadería*, procuro alejar de mí la imagen codiciada que, no obstante, se empeña en seguirme implacable como mi sombra adondequiera que vaya.

Sentada en un banco de roble, con los codos en las rodillas y la cabeza entre las manos, me pierdo en mis evocaciones, embelesada con la puesta del sol, que ha dejado una aureola sangrienta en el horizonte

El reloj de la torre de un convento invisible dejó oir cinco tristes campanadas, melancólicas como canción de invierno, y las sombras precursoras de la noche se espesan en torno mío, transformando el parque silencioso en una mancha negra inquietante y sutil.

Parece que fué ayer...

Y sin embargo, ya han pasado diez meses..

Aquella tarde, mi adorado grandullón parecía más guapo que nunca, ajustado por un traje

azul marino que hacía más elegante su figura arrogante de germano. Bajo sus cabellos rubios, que acababa de desarreglar con un fuerte tirón que le había obligado á exclamar: *¡Claudina, estate quieta!*, sus límpidos ojos azules, esos ojos que hacen pensar en el mar y en el cielo—las dos cosas más bellas del mundo—, brillaban febriles; su sonrisa era más amable y hasta diríase que su nariz había perdido ese aire borbónico que tanto me disgusta.

—¿Te he hecho daño?—pregunté de repente, acercándome á él y rozando con mis melenas negras sus mejillas—. Perdóname—supliqué con mimo felino.

Pero luego, al besar sus cabellos de oro obscuro, no pude resistir á la tentación—¡estaban tan perfumados!—, y cogiendo unos pocos entre los dientes, tiré con fuerza.

—Sí; hazme daño—exclamó él por todo reproche—. Ese es tu cariño...

Yo no repuse: *Te quiero más que á mí*, porque esa confesión es la más terrible que se puede hacer á un hombre, limitandome á decir con fingida indiferencia:

—¡Qué quieres! Yo amo así...

A pesar de su apariencia tranquila, yo encontraba á Pepe Luis turbado sin saber por



qué; tenía la intuición de que deseaba decirme algo grave y que no se atrevía á ello por miedo á incomodarme; y advertía que su inquietud, agravada por la tristeza de un crepúsculo de Marzo que sobrevenía demasiado aprisa, iba en aumento, trasluciéndose en unos paseos de fiera enjaulada de extremo á extremo del estudio. Sentada en el diván Renacimiento frente al espejo, para coquetear cómodamente con mi imagen, le observaba de reojo.

No es posibe negar que mis amigas demostraban buen gusto al intentar arrebatármelo. Entonces Pepe Luis era un hermoso dueño, guapo y rubio, blanco, muy blanco, con unos ojos azules que me deslumbraban totalmente, y lo suficientemente ancho y alto para que me pudiese colgar de sus hombros como una

gatita enamorada, y para que sus besos cayesen de lo alto como una bienhechora lluvia de verano. Tenía una menuda dentadura, no todo lo bien cuidada que yo quería, bajo su fino y áureo bigote, que le prestaba todo el aspecto de un galo decadente, afinado y suavizado por el correr de los siglos, y un hoyo encantador en la barbilla que me conmovía casi tanto como sus ojos soñadores, paternales, que todo lo comprendían y todo lo disculpaban.

Había en toda su persona un no sé qué donjuanesco, aunque la verdad es que Pepe Luis no ha perseguido nunca á las mujeres. Eran ellas quienes le asediaban importunas, como tábanos, rabiosas por abandonar la cabeza sobre sus hombros, un tanto femeninos. Pero mi habilidad de sirena de dieciocho abriles triunfó de todas, y fué mío, completamente mío, como un *bibelot* ó una flor... Porque si algunas veces Pepe Luis cometió infidelidades fué por una exigencia momentánea de la carne, cosa que á un joven de veintitrés años, lleno de fuego y entusiamo, no debe jamás reprocharse...

—Mira, Claudina—me decía á lo mejor—; anoche *estuve* con una furcia elegantísima. La tropecé en el Trianón y me guiñó unos ojos

que encontré seductores... porque se parecían á los tuyos. La seguí.. Me animó... Cenamos en Fornos y... me llevó á su casa. ¡Qué hombros los suyos! Rosas y azucenas. Era de las caras. Pero... pásmate, Claudina, no me cobró un céntimo.

¡Oh! ¡Cómo me enorgullecía oirle hablar así!



Cada vez que me confesaba que una conquista le había salido de balde, me lo hubiera comido á besos.

Pepe Luis me gustaba antes de que él se fijase en mí, por su manera desdeñosa de tratar á las mujeres—sobre todo con las bonitas era implacable—, y después le adoré porque me enloqueció ver que el hombre que todas se

disputaban sin conseguir retenerlo más de una hora, se entregaba á mí voluntariamente; y también porque ha sido el único muchacho capaz de comprender mi almita de animalejo cariñoso y dócil que sólo ansía un amo; pero que huye de los amos que no saben mandar dulcemente, tan dulcemente que aun pueda yo creer que hago mi voluntad.

¡Si tía Laura supiera!... «¡Oh, Dios mío!—ha exclamado en más de una ocasión elevando al cielo la vista por encima de sus gafas—, ¡que no pierda Claudina en la vida su adorable inocencia!»...

Pero Dios no ha debido hacerle mucho caso, porque lo cierto es que su Claudina—corazón y travesura—ha tenido un amante... y no se avergüenza de ello. Un amante que fué primero *un amigo simpatiquísimo adquirido en el campo del tennis*, y que entró en la casa para conocer á tía Laura y jugar con ella al dominó en su gabinete, y luego un novio formal que la cortejaba en el comedor mientras miss Betty dormía discretamente con el *Quijote* entre las manos. Mas un día quise conocer su estudio, y fuí con mi institutriz á lo que más tarde he sabido que era su «picadero». La inglesa se quedó en el portal—había que subir tantas es-



caleras, y después de todo sólo se trataba de sorprender á Pepe Luis y recoger un libro—, y tardé más de una hora en bajar.

—¿Sabe usted, miss Betty?—expliqué enrojecida por la emoción pasada—; no aparecía el libro por ninguna parte...

Ella fingió quedarse persuadida; pero en su fuero íntimo me envidió, segura de que había pasado á engrosar el número de las conquistas de Pepe Luis.

Aquí, para *inter nos*, fuí á ofrecerme á él en un acceso de amor propio para no ser menos que las demás mujeres, y me entregué á él fríamente, por el deseo perverso de conocer el secreto amoroso de aquella hermosura rubia y sensual, muelle hasta la indecencia, que perturbaba mis sentidos, y sin la tranquilidad que no presta la seguridad de sentirnos enamorados para aquella concesión.

Posteriormente me di cuenta de que no obré mal, porque le amé intensamente; tanto, que no me hubiera importado confesar públicamente que era mi amante. Habría llegado hasta ponerlo en mis tarjetas. Pero mi instinto me dictaba que debía procurar á toda costa que él ignorase la intensidad de esa pasión. Quizás la vehemencia de su cariño por mí haya estribado en la frialdad con que tantas veces le repetía:

—Tómame, haz conmigo lo que quieras...

Procuraba darle á entender que le brindaba mi cuerpo; pero no mi alma —¡que era suya!—, para que si algún día se cansaba de estrecharme entre sus brazos—tan suaves y tan delicados que parecían los de una amiga—se quedase con la duda de si realmente le había amado, y que al volver yo al buen camino no lo hiciera acompañada de esas miradas triunfadoras que los niños dirigen á un juguete destrozado y los hombres á un amor abandonado.

«¡Mucho ojo con el amor! — solía decirme mi primo Carlos—. El amor es nuestro peor enemigo, doblemente traidor porque se presenta entre besos, y entregarse á él es tan imprudente como entregarse á las olas del mar. Corre uno el peligro de estrellarse contra las rocas del desencanto. ¡Cuánto más atrayente y más encantador es rendir culto á nuestra señora del *Flirt*»...

Por eso yo, aunque creía en el amor de Pepe Luis, desconfiaba de él.

—¿En qué piensas?—pregunté á Pepe Luis



viendo que sus paseos á lo largo del estudio eran cada vez más nerviosos.

—En nada... en nada...—respondió él, á quien las sombras de la noche empezaban á rodear.

—Tú me ocultas algo, Pepe Luis—insistí, levantándome y arreglándome frente al espejo mis melenas de paje.

—Y el caso es—contestó él, parándose en seco frente á mí—que no tengo más remedio que decírtelo...

—Habla... por Dios... habla—supliqué con inquietud mal disimulada.

—Pues bien, Claudina—dijo Pepe Luis, tras una corta vacilación—; voy á ser claro contigo... Es preciso que *esto* concluya. Yo no he querido decírtelo antes por no provocar este momento difícil; pero mi hermano Andrés ha descubierto que nos entendemos y me ha exigido que rompa contigo...

Yo, á quien lo inesperado de la revelación había desconcertado, le miré de hito en hito, y él prosiguió, con su timbre de voz cálido é insinuante:

—Reflexiona, Claudina, que, realmente, *esto* no puede... no debe continuar para bien de los dos. El día menos pensado van á descubrirnos, y el escándalo va á ser formidable Pensar en casarnos sería una locura, ya que á mí me faltan tres años para acabar la carrera y tú eres todavía muy joven. Forzoso es convenir en que los dos no hemos estado muy cuerdos obrando así... Tú has sido demasiado loca y más culpable aun yo; pero la cosa ya está hecha, y sólo hay que probar de remediarla en lo posible. Yo

te quiero muchísimo; pero para lo sucesivo tornaremos á ser dos buenos amigos ó dos novios, que únicamente cambiarán la palabra delante de la gente. Quiero á todo trance evitar un escándalo que nos perjudique...

Yo, con el alma llena de desencanto, oyendo hablar tan brutalmente á quien mi fantasía había rodeado de todas las aureolas, no supe qué responder. Me abrumaban sus palabras, hiriendo mis oídos como latigazos, y un ansia loca de evadirme á aquella situación de pesadilla me arrastró hacia él, obligándome á colgarme de su cuello.

—¿Pero qué dices, Pepe Luis? ¿Te has vuelto loco?—pregunté, besándole ávidamente en la boca, temiendo hacerlo por última vez.

—Suelta, Claudina, suelta—ordenó él, separándome de sí—. Hemos estado locos los dos. Hora es ya de que volvamos á la realidad.

Yo estuve á punto de llorar, descompuesta por la actitud de Pepe Luis; pero me contuvo la presencia de miss Betty, que apareció de improviso en el umbral de la puerta.

—Claudina—advirtió la inglesa—. Son ya las seis y cuarto: vamos á llegar tarde al teatro...

Yo contuve heroicamente las lágrimas, que pugnaban por afluir á mis ojos, y encendí la

luz para envolverme en mi gabán de zibelina y colocarme mi gorra de terciopelo; luego me cogí del brazo de miss Betty y salí, sin estrechar la mano de Pepe Luis, diciendo quedamente:

—¡Adiós; hasta mañana!

—¡Adios; hasta mañana!—repitió él, malhumorado, inclinándose ante la miss, que ha sabido degenerar en Celestina con una dignidad que infunde el mayor respeto.

En la puerta de Apolo nos esperaba Carlos, tan perfumado y tan gentil, tan sonriente y tan feliz como siempre, que en seguida se dió cuenta de que algo había tenido con Pepe Luis.

—Hola, muñeca—fueron sus primeras palabras—. ¿Qué te sucede?—Y luego, bajo, para que miss Betty no le oyese—: ¿Has peleado ya con tu tendero?

Mentiría si dijese que aquella noche pude conciliar el sueño. La extraña conducta de Pepe Luis me había trastornado por completo—de sobra conocía su firmeza de carácter y su fuerza de voluntad para temblar por mi felicidad—, y en mi desvarío sólo se me ocurría levantarme de la cama, vestirme é ir á continuar con él la escena que miss Betty había interrumpido.

Por un capricho del Destino ó por un antojo de la fatalidad, Pepe Luis se había adueñado de mí, y la idea de perderle, precisamenle cuando me era más necesario, me aniquilaba. Me consideraba el sér más infeliz de la tierra; la visión de la muerte acudió á mí como una liberación.

—Esta Claudina—había exclamado Carlos en Apolo, al referirle yo mi entrevista con Pepe Luis—es la criatura más burra que yo he conocido. Sólo á ella se la ocurre tomar en serio el amor. Y lo más lamentable es que se haya enamorado de un hombre que ni es inteligente ni lo será en su vida; de una hermosa bestia de placer... pero bestia al fin. ¡Cómo será el tal Pepe Luis, que á mí, que entiendo de belleza masculina, no me gusta!...

Yo le solté un abanicazo que le hizo enmudecer; pero á los pocos instantes volvió á la carga:

—Claudina, no seas mula; créeme á mí, que aunque muy joven he envejecido aprendiendo á vivir. Si Pepe Luis trata de separarse de ti, déjale que se marche: otro no te faltará...

¡Oh, que día más amargo aquél! Parece que fué ayer. Y sin embargo, ya han corrido diez meses...

Diez meses horribles, en que he conocido



todas las tristezas y todas las miserias del amor roto. Lágrimas, palideces, cartas, recados, exhortaciones, han sido inútiles, y Pepe Luis no ha vuelto á mí. No obstante, su recuerdo se ha conservado en mi corazón como una rosa en un vaso de agua, y me basta cerrar los ojos para creerle á mi lado.

Y ahora mismo, mientras sigo con la vista la pausada marcha de un escarabajo que cruza frente á mí, siento la impresión de que Pepe Luis se halla á mis espaldas rozando mi nuca con sus labios ardientes.

Me vuelvo rápidamente buscando sus ojos azules, ojos de ensueño y de misterio á la par... y ¡oh, desilusión!... Entre las sombras nocturnas del parque, es Eufrasia, la vieja guardiana del castillo quien me sonríe de oreja á oreja, mostrándome la inverosímil desigualdad de sus dientes verdosos.

—¿No sube la señorita á merendar? Son las cinco y media. El chocolate está en la mesa.

—Voy ,contesto levantándome de mal humor.

¡A merendar! Es completamente de noche y hace un frío atroz.

II

El reloj que marcaba las horas del amor...

¡Cuánto daño hace un amor que muere! ¡Y si al menos muriese de una vez! Pero no; lucha, se defiende, y esa agonía es lo más cruel...

¡Ah, qué poco dueños somos de nuestro corazón y qué mal nos conocemos! ¡No pensaba yo que el recuerdo de Pepe Luis pudiera seguir latiendo en mí con tanta insistencia! Ahora, el pasado me obsesiona y me posee; y reviviendo mis días de dicha inefable con él, siento una horrible dulzura. .

Dicen que el único remedio contra el amor es no amar, de igual modo que el único recurso contra la muerte es vivir; pero intentar curarse del amor de un hombre que todavía se adora, es lo mismo que tratar de apagar la sed sin beber.

¡Y yo que vine á Pinares buscando un refugio á mi desastre espiritual!... ¡Vano empeño! Las lecturas al sol en la galería de cristales, los gratos paseos por el parque y las horas pasadas al calor de la chimenea saboreando los bombones de *rahar-loukon* á la crema que traje de Madrid, no consiguen ahuyentar mi melancolía. Realmente, un remedio físico no puede producir efecto contra un mal moral, por la misma razón que unas monedas de oro no pueden curar un ataque de reúma. El alma solamente es la que obra sobre sí misma, y la persona que amamos es la única que puede curarnos del pesar que nos produce.

Existen personas como mi amiga Minette que nos dicen cuando lloramos la pérdida del amante querido: «Todas esas lágrimas no te lo devolverán». ¡Ay! Precisamente por eso lloramos.

Esta tarde la he pasado en el *hall* sepultada en un comodísimo sillón, divagando por supuesto, sin conseguir burlar el formidable *spleen* que se ha adueñado de mí, mientras veía deshacerse el humo azul de un cigarrillo turco tan abominable con su sabor á hierba vieja, y y que soportaba únicamente porque hay quien asegura que tiene opio. ¡Qué día más triste! No

queda apenas luz, y son las cuatro de la tarde. Se va pasando el tiempo acompañado de una lluvia constante y monótona, y bajo esta luz de día que acaba por una noche que sobreviene precipitadamente como si en su apresuramiento



pretendiera corregir un error de horas, los objetos carecen de relieve y las sombras se precisan envolviendo la estancia implacablemente. Llueve como en tiempos del Diluvio, y en el cielo sólo se ven nubes grises, pesadas y sofocantes, mensajeras de nieve. ¡Oh, esta lluvia que tiende sus millares de hilos convirtiendo el castillo en una vasta prisión! ¿Por qué la lluvia oprime mi alma y me llena de desconsuelo con la tristeza que pone en este caserón, ya triste de por sí?

En este día gris y monótono, sin ruidos y sin claridad apenas, parecen caer sobre mí todas las cenizas del pasado disipando el perfume de las últimas rosas de juventud y destrozando las alas frágiles de las últimas mariposas de ilusión. ¡Ay! ¿quién me dirá el secreto de la inconsciencia que perdí?

Creo que mi fin se acerca, si no acierto á curarme de este estado de ánimo, que agrava la sombría existencia de Pinares, entre cuyos muros, que encierran como una tumba mi corazón muerto para la dicha, pereceré víctima del gusano de la melancolía que me roe ferozmente.

Ha habido una época en que no me gustaba la vida si no era ruidosa. Necesitaba flirtear con cuatro pretendientes á la vez y dejar una fiesta para correr á otra. Pepe Luis fué quien me hizo abominar de aquella existencia alocada y preocuparme sólo de encontrar una hora para dedicársela á él. ¡Una hora de amor! ¡Esto no es nada, y, sin embargo, lo es todo para los amantes. Una hora de amor puede ser la llave del Paraíso con todas sus locuras y sus embria-

gueces, que nos haga olvidar las negruras y el tormento del Infierno del Deseo.

El amor sin voluptuosidad no sería verdadero amor; pero toda la voluptuosidad del mundo es casta y púdica á la sombra de las alas del amor. El goce amoroso es la expresión de un sér proyectado más allá de sí mismo; es la dolorosa alegría de una carne satisfecha; el regocijado dolor de una explosión; el medroso escalofrío de una partícula de tierra. La voluptuosidad es la investigación carnal de lo desconocido, excita las energías y constituye una fuerza, puesto que mata á los débiles y exalta á los fuertes, ayudando la selección. Yo no la despojé de los velos sentimentales que la encubren; pero la saboreé plenamente, y su añoranza me enfurece.

He amado á Pepe Luis con una vehemencia del cerebro y los sentidos tan intensa, con tan incomparable buena fe, que tenía que ser forzosamente mi perdición. Las mujeres del gran mundo suelen tener una maravillosa disposición



para olvidar aquel amor al cual han pertenecido por completo, y al encontrarle en su camino una vez sobrevenida la ruptura, permanecen frías é insensibles, sonrientes y despreocupadas, como si no le conociesen; pero yo no he conseguido borrar de mi mente el recuerdo del hombre muy amado y deseado, gozando de una incomprensible voluptuosidad al abismarme en la nostalgia de esta pasión que me tortura. Y lejos de arrancarme la espina del amor, me complazco en hundirla en mi corazón cada día más. Pero es que me avergonzaría si la idea del olvido acudiese á mí, como una solución. Amar una hora es de todo animal; amar un día es de los hombres; amar toda la vida es de los ángeles; amar toda la vida á una sola persona es de los dioses. Y yo tengo la debilidad de creerme un sér divino.

Las mujeres, y esto es bien lamentable, no estamos preparadas discretamente para el dolor, y cualquier contrariedad nos aturde, nos enferma ó nos vuelve perversas. Pero yo, inconstante como el mar y agitándome con la misma facilidad que él, no he llegado en mi desesperación por la pérdida de Pepe Luis á tornarme pérfida como las olas. Yo he tenido siempre una impetuosidad irresistible; pero con

Pepe Luis he demostrado una inercia y una placidez de hielo; no le he provocado ningún escándalo; no he llevado á cabo ninguna medida violenta, y en lugar de atentar contra él, he preferido darme muerte á mí misma, envenenándome diariamente á fuerza de opio y morfina, que empiezan á poner una palidez mate y amarillenta en mi rostro, antes coloreado por el carmín de la dicha.

Y es que amar con el cerebro y los sentidos significa perdonarlo todo de antemano al objeto de nuestra pasión, y continuar queriéndole, á pesar de sus perfidias.

En los días en que nuestra pasión estaba en su cenit, cuando Pepe Luis y yo nos arrojábamos al abismo sin fin de las caricias, mi primo Carlos, que es la encarnación de la frivolidad y el excepticismo, solía decirme:

—Claudina, tú amas demasiado á Pepe Luis, y ese cariño empalagoso y absorbente que á todas horas le manifiestas, acabará por importunarle. Se hastiará de ti, y con cualquier pretexto hábil colocará una muralla infranqueable entre los dos. Como el amor vuestro no ha de ser eterno, procura ser tú quien se canse antes, para no sufrir luego cuando llegue la ruptura.

Yo increpaba á mi primo reprochándole su

volubilidad de mariposa, su desconfianza sistemática del amor, y él, con esa autoridad que le prestan las múltiples aventuras que ha corrido, no obstante su juventud, afirmaba:

—Todos tenemos nuestra primera ilusión, que creemos va á ser la última. Mientras la parte beligerante nos es fiel, somos las personas más dichosas del mundo. Nos embriagamos en sus caricias y besamos continuamente sus ojos, cuyo color es nuestra obsesión; pero transcurre algún tiempo... y el Hastío ó la Inconsciencia se llevan el amor de nuestro lado y por unos días tememos que el cielo se hunda sobre nuestras cabezas ó que la tierra se abra á nuestro paso; y las pupilas traidoras brillan implacables ante las nuestras, aunque bajemos los párpados. Sin embargo, el tiempo sigue transcurriendo... y ni el cielo se hunde ni la tierra nos traga; y hasta ni siquiera nos acordamos de qué color tenía los ojos nuestro amor...

¡Oh, Dios mío!—exclamo yo ahora acordándome de las palabras de mi primo—. ¡Que yo no vea así nunca el amor! ¡Que pueda seguir experimentando el placer de sufrir por el sér amado! Sólo son insensibles á sus torturas los que también son insensibles á sus benditos consuelos.



¡Las seis! El reloj que marcaba la hora del amor en el estudio de Pepe Luis y que me devolvió en la época de nuestra separación, turba mis reflexiones, dejando escapar sus tristes campanadas, poniendo en su sonido algo que parece una queja y una añoranza. Maquinalmente me levanto y me acerco á la chimenea para contemplar una vez más sus dos figuras holandesas, de porcelana, que se besan sentados sobre la blanca esfera. Sin querer lo cojo con ambas manos y lo aproximo á mis labios para besarlo con verdadera ternura.

Un calofrío voluptuoso me recorre todo el cuerpo, estremeciéndome de pies á cabeza; una ráfaga de locura nubla mis ojos, y por un instante temo desvanecerme, besando frenéticamente la helada porcelana.

En mi aturdimiento, en mi extraña languidez, me faltan las fuerzas; entreabro las manos, y el reloj cae al suelo, rompiéndose en pedazos.

¿Significará esto que ya no volverá á sonar para mí la hora del amor?

A esta sola idea mi pecho se colmaa de angustia, como bajo el peso de una losa aniquiladora...

III

¡Este demonio de Carlos!..

Esta mañana me he despertado con el irresistible antojo de hacer confituras. Recién salida del baño me he introducido en la cocina, y con gran desesperación de Eufrasia he movilizado toda la batería para preparar unas manzanas asadas con almíbar, unas naranjas en dulce y una compota de peras. Además, he mechado yo misma un pollo y he batido los huevos y la leche necesarios para componer un flan delicioso. Las frutas se apilaban sobre la blanquísima mesa de mármol, y en los brillantes calderos de cobre centellearon las llamas del hogar, produciendo reflejos cegadores. La casa entera parecía dominada por una nube de vapores que la vainilla y el azúcar perfumaban.

Cuando más interesada me encontraba yo avivando el fuego con mi delantal de hilo, lleno

de manchas, mi primo Carlos ha hecho su presentación en la cocina, exclamando alegremente:

—¡Muy bien, muy bien, primita! ¡Así me gusta! ¡Ya veo que conoces tus obligaciones de ama de casa!

Luego, despojándose de su gabán y del sombrero, que entregó á la vieja Eufrasia, me propone:

—¿Quieres que te ayude en algo, Claudina?

—Sí—respondí entregándole un soplillo—. Procura que no se apague la lumbre mientras yo mondo estas peras. Si cumples bien tu cometido, verás qué almuerzo tan sublime vamos á gozar dentro de una hora. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

—Ya sabes que los Montiel poseen una finca en San Fernando, al lado del río. Han venido en automóvil á almorzar con Paquito Almenara y tres golfitas, y yo les he dicho que me trajesen á Pinares.

—Habrás hecho el ridículo durante el viaje, sin pareja.

—No; porque iba delante con el *chauffeur*. Además, por el placer de pedirle de almorzar á una prima tan encantadora, bien se podía soportar una situación... difícil.



—Basta; deja el soplillo Has llenado la cocina de humo. ¡Oh, estos hombres, que no sirven para nada! ..

—¡Cómo! ¿Que no sirvo para nada? — exclama él cariñosamente, herido en su amor propio—. ¡No lo repetirías delante de quien yo te dijese!...

—¡Ea, ea! —propongo cansada de cocinar—, vámonos al comedor y que se encargue Eufrasia de acabar la compota. Cuéntame cosas de Madrid, primito.

—Sí, sí—responde él—; tengo cosas nuevas que contarte; pero antes dame un *polissoir*, porque traigo unas uñas indecentes.

Mientras se lava las manos, observo á Carlos de reojo. Verdaderamente no pude soñar un primo más alocado. Coquetón y elegante, fantástico y ambiguo, Carlos es el único muchacho que mi familia me entrega sin temor alguno. Galante, frívolo, ingenioso, no tiene rival en el arte de captarse las voluntades femeninas sin inspirar recelos. El conoce perfectamente las más originales y regocijantes intimidades de las grandes cocotas; domina los secretos de las más encumbradas princesas del teatro, y

sabe quiénes son los amantes de las casadas aristócratas que se deciden á tomarlos. Habla inglés y francés; entiende de modas, de caballos, de automóviles; baila el tango argentino tan bien como Simarra, y constituye lo que se llama un chico *comme il faut*. Es el confidente obligado de las mujeres mundanas y demimundanas, á pesar de sus diecinueve años, por el gran tacto y discreción con que sabe conducirse en todos los momentos, y la única persona á quien yo he confiado mis inquietudes, mis pecados y mis desilusiones.

Después de arreglarse las uñas, que deja brillantes como ágatas rosadas, exclama:

—Tengo que darte una noticia, Claudina. No sé qué efecto te causará; pero como á ti te gustan los platos agrios, con tal de que en ellos haya un poco de amor, te la ofrezco por complacerte: hace ya medio mes que Pepe Luis tiene otra novia.

—¿Otra?—contesto levantándome como si me hubiera picado un reptil—. ¿Es más guapa que yo?

—Igual, nada más.

—Entonces, no será inteligente.

—También lo es.

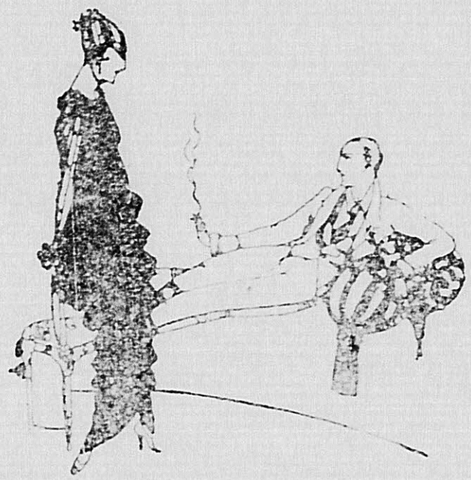
—¿Querrás hacerme creer que no tiene

ningún defecto? Por lo menos será ligera...

—Todas las mujeres lo sois. A mi juicio, su principal inconveniente es eso precisamente: ser demasiado bonita, ser demasiado inteligente y ser demasiado rica. Con estas condiciones en seguida tratarán de arrebatársela, y lo conseguirán, porque él es un muchacho muy vulgar, que no se viste en casa de Carretero, que no frecuenta los tés tangos del Hotel Palace, que desconoce el Ideal Room y que carece de esa superficialidad que nos caracteriza á los chicos elegantes madrileños. Las muchachas del día son muy frívolas é incapaces de amar á un pretendiente si no se peina con patillas, si no lleva bien planchada la raya del pantalón y si no sabe darlas unas cuantas vueltas de tango á las siete para abrirlas el apetito. Tu rival es una criatura deliciosa; pero educada en tal ambiente de frivolidad, se aburrirá en seguida al lado de Pepe Luis, que es un temperamento frío...

—Sí; frío...—me atrevo á objetar.

—Comprenderás que mientras tu sustituta no descubra la secreta cualidad incandescente de Pepe Luis, al juzgarle por las apariencias, le encontrará como yo, y como todo el mundo: muy frío, muy germano; y ya sabes que eso no



se aviene con los temperamentos meridionales. Además, ella puede muy bien ser una muchacha intachable, incapaz de la menor concesión...

—Sí; ¡fíate tú de las intachables, de las que flirtean nada más!... Algunos flirts empañan la honra de una mujer más que la posesión, porque la rosa separada de su tallo puede conservarse algún tiempo lozana y pura; pero la rosa manoseada, aunque se halle en el rosal, está peor que marchita.

La conversación de Carlos me pone de un mal humor indecible y creciente. Me gusta que me apuñale contándome cosas de Pepe Luis; pero... me duelen las heridas. Y especialmente la idea de que pueda sustituirme *definitivamente* me es más dolorosa que una cuchillada. Porque lo que menos podemos soportar las mujeres es que los hombres nos sustituyan fácilmente y se consuelen pronto de nuestra pérdida.

—Hablé con Pepe Luis.—me dice Carlos—. Me dió muchos recuerdos para ti, y me dijo que por qué rechazaste la buena amistad que te brindaba..

—Porque de un amor antiguo podrá hacerse uno nuevo; pero nunca se cambiará en una amistad..—Luego, después de una breve pausa—: ¡No te enamores en la vida, Carlitos!

—¡Vaya un consejo que me das, primita!—responde él con viveza—. Es el mismo que te he dado mil veces. Además, aunque yo me lo propusiese, con los estrenos, las comidas, los bailes, las excursiones, los tés, el auto y las Exposiciones... ¿qué tiempo tendría yo para dedicarlo al amor? No, Claudina; yo no me enamoro de nadie para no llorar desengaños como tú. Prefiero el flirt circunstancial, efímero y ameno, que nos roza el corazón; pero que no ahonda. Yo gusto del encanto de la sonrisa de inteligencia, de las miradas expresivas, de los apretones de mano furtivos, de los besos cambiados tras el cortinaje de una puerta; y mis recuerdos de amor son las rosas caídas de un corpiño, un abanico hurtado ó una liga prestada... Me atraen las aventuras de una noche con una criatura cuyo nombre desconozco y que no sé si volveré á encontrar en mi vida. Y si quiero

entretenerme un rato con el amor— amor consuela siempre á los que no aman—, contemplo el idilio de dos personas amigas... si son alegres; porque si son tristes, ni me interesan ni me conmuever... Yo soy como esas gentes que en las comidas conceden su atención á los entremeses y á los postres y apenas prueban el plato fuerte. Puedes estar segura de que nos levantamos de la mesa tan satisfechos como el que se ha echado al coleto medio pavo en pepitoria, y jamás corremos el riesgo de una indigestión. Si tú no te hubieres atracado de Pepe Luis, á estas horas no tendrías el estómago maltrecho.

—¡Bah!—he respondido contrariada—. No hablemos más de él, porque es concederle una importancia que no tiene.

—¿Ahora empiezas á reconocerlo? Tarde es; pero, en fin...

Eufrasia se presenta para ofrecernos el almuerzo, y Carlitos y yo comemos en silencio reflexionando sobre sus últimas palabras. Él se ha creado una vida perfecta; para mí, en cambio, el mundo deja bastante que desear. No es que yo pretenda arreglarlo; pero pienso que Dios debía retocarlo.

Conforme á sus convicciones, Carlos devora

aceitunas, pimientos en ensalada, sardinas en conserva, pepinillos, salchichón... con una exquisitez y una delicadeza que me hacen sonreir y preguntarme: ¿Qué reservará esta criatura para una comida de etiqueta? ¿Ó acaso meditará seducirme concluídos los postres?



Pero no, no. Carlitos es incapaz de atentar al pudor de una mujer. Es de esos muchachos que aguardan á que sean ellas quienes le digan: «vamos»; además, sus sentimientos religiosos le vedan el incesto.

Mientras tomamos café en la galería de cristales, ya terminada esta comida, en que he demostrado superlativamente mis altas dotes culinarias, le digo, sin poderme contener:

—Oye, Carlitos, cuéntame cosas de Pepe Luis..

—No acabaría nunca; pero es preferible que guarde silencio, porque temo que al hablar demasiado de él, se trastornen tus nervios...

—Nada de eso—he contestado enrojecida, comprendiendo que no está equivocado—; te aseguro que ya no le amo...

Carlos me ha dirigido una mirada, tan certera, que me ha obligado á rectificar, sacando mi pañuelo:

—¡Me muero de amor por él!

—Pero, ¿cómo? ¿Vas á llorar pensando en ese hortera? ¡Por lo visto querrás que él forme con tus lágrimas un collar para deslumbrar á las demás mujeres...

—No; si lloro de alegría—afirmo, enjugando las lágrimas.

Pero son unas lágrimas bien amargas las mías. Y lo triste es que al verme llorar tan sinceramente, también mi primo ha enrojecido, y sacando un pañuelo lo ha llevado á sus ojos.

¡Este demonio de Carlos!...

Mi alma está cautiva...

IV

Un roce suave, un cuchicheo monótono, pero expresivo en las persianas cerradas me despierta poco á poco. Es el murmullo sedoso y acariciador de la nieve, que cae, sin duda formando grandes copos, de un cielo tranquilamente gris.

La noche, irónica, sólo ha tenido para mí ensueños de sol. Bajo el azul de una ardiente tarde de verano, en que las flores parecían incendiarse, he paseado del brazo de Pepe Luis sin la odiosa vigilancia de miss Betty. Con Pepe Luis, á quien hace ya seis meses que no le dirijo la palabra.

A poco de nuestra ruptura, cuando la idea de reconquistarle vivía en mí, procuraba asistir á los sitios de su predilección para tener siquiera el consuelo de verle. ¿Hablarle? No. Él hubiera dado media vuelta, dejándome con la palabra en la boca. Llegaba á los salones con los primeros invitados y me retiraba con los



últimos. Me acercaba á los grupos en que se hallaba él, y, cuando la ocasión lo permitía, le lanzaba una frase lacerante. No me reducía á que el Pepe Luis, que me había pertenecido durante tanto tiempo, se me escapase de la manos, invocando prejuicios absurdos. Pero, de pronto, mi adorado grandullón dejó de presentarse en los sitios donde yo pudiera hacerlo, y me dió su razón en una carta.

«Yo quisiera que tuvieses un poco de juicio, Claudina, y que no te obstinases en querer tu propio mal, reconstituyendo un amor peligroso como el nuestro. En vista de que tú no pareces dispuesta á aceptarme como un amigo—podíamos serlo, y muy buenos—y sólo me concibes como amante, desde hoy en adelante voy á privarte de mi presencia.»

Y así fué. En medio año he dejado de verle... aunque no de amarle. Pero ahora le amo dulce

y resignadamente, y comprendiendo que le he perdido para siempre, su nostalgia no se me hace tan dolorosa.

El ensueño de esta noche, sin embargo, me ha colmado de melancolía, y en un recrudecimiento de mi decaimiento espiritual, he cogido la pluma para enviarle estos renglones:

«Quisiera volverte á ver. Es una debilidad, ¿no es cierto? Pero todo en mí es una debilidad.

»Hay llanto en mi corazón y parece que estoy de luto, que he perdido á alguien ó que la muerte me acecha desde que tú no existes para mí. Arrastro mi angustia de un lado para otro, tratando inútilmente de olvidarte, y sufro por el recuerdo de tus besos ardientes y lejanos.

»Durante muchos días he contemplado el espejito de mano donde tú te mirabas para recomponer tu peinado durante nuestros ratos de amor, creyendo ingenuamente que tu imagen iba á continuar allí. Tu imagen no estaba en el cristal; pero permanece en mis pupilas, pletóricas de recuerdos, y no necesito más que cerrar los párpados para creerte á mi lado.

«La pena me abruma. Hace un año era yo alegre como el canto de una alondra saludando al Sol; pero ahora semejo, en melancolía, al

salmo que el sacerdote murmura al borde de una fosa.

»Y tú has causado mi desgracia. Tú, que me arrastraste al abismo con tu talento y tu belleza lánguida y soberbia, de carnes sonrosadas



y suavísimas, de cabellos rubios como el trigo tostado, en cuyas ondas me sentí aprisionada como un insecto entre los hilos de una tela de araña; y, sobre todo, con tus hermosos ojos claros, esos ojos de esmalte azul, ojos de gato enamorado, que fueron para mí la revelación

del amor con todas sus dulzuras inefables, sus placeres tranquilos y sus tormentos espantosos.

»Los muchachos que yo había conocido antes que tú, sólo me dieron unos goces pasajeros y unas ansias seguidas de fastidio. Sólo tú has hecho temblar mi alma de asombro, porque eres más inteligente que todos ellos y has conseguido hacer vibrar mi carne, porque posees como nadie la ciencia de acariciar...

»¿Te acuerdas, bien mío? No han transcurrido tantos meses de aquella tarde. Tú reposabas sobre mi pecho, y acercando suavemente al mío tu rostro, rozaste mi barbilla con la blancura de tus dientes menudos. Poco á poco, con voluptuosidad feroz, fuiste acentuando aquel mordisco, que hoy es mi melancolía, y de tierno cambióse en cruel. Yo sentía tu aguda dentadura hundirse en mi epidermis, que empezó á sangrar, sin atreverme á suplicarte gracia, hasta que tú, notando el sabor acre de la sangre, preguntaste con mimo:

»—¿Te he hecho daño, Claudina?

—Un poco, respondí secándome aquella herida que hoy me haría feliz, y tú exclamaste besándome en los ojos:

»—¡Te quiero tanto, bestezuela!...

»De pronto, una lágrima asomó á mis ojos

ante la idea de que algún día pudiera perderte, y tú la enjugaste, tratando de alejar de mi corazón ese temor que el tiempo había de confirmar.

»—Te amaré siempre. Siempre... me juraste, oprimiéndome entre mis brazos.

»Y sin embargo..., ¡ya lo has visto! Ese día ha llegado, y no por causa mía, sino porque tú lo has querido. Nos hemos separado amigablemente, puesto que ya no me amas y deseas borrar lo ocurrido entre nosotros, y á estas horas, mientras tú buscas en otros brazos un amor que no encuentras, yo no pienso mas que en ti, que has invadido mi alma entera como un vendaval siniestro, y en tus hermosos ojos claros, divinamente azules, luminosos y alegres como un amanecer de Abril.

»Ser amado con locura y no corresponder es el más vil de los delitos; pero yo no te guardo rencor por esa renunciación á que me obliga tu egoísmo. ¿Para qué? ¡Cuesta tan poco trabajo perdonar!... Al contrario, conservo tu recuerdo como una reliquia, y en las tardes de invierno, demasiado tristes, cuando sola en el gabinete veo caer la lluvia tras los cristales del balcón, mi pensamiento es sólo para ti. Muchas veces me ha parecido que la cortina de la puerta se



descorría para dejar paso á tu sombra, y luego he creído sentir el olor de tus cabellos junto á los míos. Unos ojos azules han brillado entre las sombras de la estancia mirándome fijamente, y una suave languidez se ha apoderado de mí, acercándome al éxtasis. Porque... ¡todavía te amo!

»Te amo, sí; te amo como seas. Con traiciones y cobardías, flaquezas y egoísmos. Te amo como un mártir ama el suplicio, y no te recrimino, ni mucho menos. Reconozco tus culpas; las absuelvo, y después... sigo queriéndote más aun.

»Una mañana, á poco de nuestra ruptura, te encontré paseando en el Retiro, con *Lobo*, aquel perro que yo te regalé. Tú pasaste por mi lado fugazmente, sin querer reconocerme; pero el noble animal vino hacia mí, buscando mis caricias. Más tarde he sabido que aquel día ibas en pos de mi rival de otros tiempos, y disculpé tu apresuramiento. Temiste, sin duda, que el peso del recuerdo te impidiera ser puntual á la cita, y por eso castigaste con un puntapié la indiscreción de *Lobo*.

»Me han dicho que tu amor con mi rival no

fué muy duradero. A principio encontrarte sus butacas tan blandas como mi gran diván Imperio; su charla tan divertida como la mía, y sus letanías amorosas tan ardientes como las que yo te prodigaba; pero así y todo, la sustituiste en seguida con otro amor no menos breve. Así entiendes tú la vida. No olvidas, reemplazas.

»Yo tampoco fuí para ti otra cosa que la sustitución á tu último amor. Te inclinaste sobre mi melancolía con la curiosidad de un niño pueril, y al descubrir la llave de mi tristeza me consolaste piadosamente. Después abriste con suavidad la cerradura, no como un ladrón, sino como un chiquillo travieso, y al notar que reinabas en mí, huiste prontamente desdeñando el hallazgo.

»¿Y aquel amor que me juraste cuando no tenías la certeza de que yo te amaba? ¿Será cierto que cuando la divinidad que adoramos se pone á nuestro alcance la sacrificamos?



»Tú eres mi duende familiar. Un fantasma con quien vivo en dulce paz; que me inspira, me alienta, me roza y me acaricia. Un adorable espectro, sin el cual la vida me sería aborrecible.

»En mis noches de morfina, tras el desfile ante mis ojos dormidos por el veneno oriental de una turba de locos fantasmas en absurdo tropel, siempre ha quedado uno más tenebroso que ninguno, y al detenerse, abriéndose todo él en flor, de entre sus pétalos fantásticos ha surgido tu imagen adorada. Y en los crepúsculos de otoño, mis ojos, enfermos de nostalgias, han visto también ese espectro adorado vagando entre las sombras del jardín.

»¿Te acuerdas de aquellos paseos por el parque? ¡Cómo late mi corazón á su recuerdo! ¡Oh! ¡Aquellos benditos días de placer inefable en que cambiábamos nuestras caricias bajo el azul del cielo pálido estriado de oro y púrpura!...

»Estábamos solos y soñábamos. Dulzura, dulzura, dulzura. De pronto, levantaba yo mis ojos hacia ti preguntándote anhelante:

»—¿Me querrás siempre? ¿Siempre?

»Una sonrisa iluminaba tu rostro y un *sí* brotaba de tus labios con murmullo hechicero haciéndome delirar. Entonces corríamos por el césped como dos locos dichosos. Pero hoy las horas y tu inconstancia nos han tornado cuerdos haciéndonos infelices. La Fatalidad ha clavado su diente maldito en nuestra vida, y convertida en cenizas la base de granito sobre



que descansaba nuestro amor, hemos caído en tierra.

Cuando amanece el día me parece que los pájaros en su salutación al astro rey repiten tu

nombre infinidad de veces, cada vez con más entusiasmo. Y sus cantos sonoros son una música deliciosa; pero que acaba desgarrando cruelmente mi sér. Me abruma esa sinfonía de unas gargantas que pronuncian alegremente un nombre de ese amor que no vuelve, que no quiere volver contrariando su corazón, para borrar un idilio imborrable, y se clava en mis oídos como el aguijón de una abeja furiosa.

»En los tristes crepúsculos de invierno, llenos de misterio, he escuchado con frecuencia el rumor de unos pasos lejanos y me he estremecido como un gato ante la lluvia, imaginando que pudieran ser los tuyos; me he sentado al piano con rapidez, desgranando las notas de tu canción favorita para recibirte como antaño; pero los pasos se han perdido poco á poco y tus manos no han abierto la puerta. Y desencantada he cubierto el piano, devolviéndome como un cuerpo muer-



to al diván que en otros tiempos nos acogía á los dos.

»¡Oh tú, cruel y egoísta, que ocultas la frivolidad de una muñeca tras tus hermosos ojos claros divinamente azules, luminosos y alegres como un amanecer de Abril! Ten la seguridad de que si alguna vez te hallase cadáver á mis pies, yo te resucitaría á besos. Porque, á pesar de tus traiciones y cobardías, flaquezas y egoísmos... todavía... te amo. Besos, caricias y torturas, ¿dónde estais?»

—Eufrasia—he gritado cerrando la carta—. Lleve usted esto inmediatamente al correo.

Pero luego, al repasar mentalmente la carta, me he avergonzado de mi debilidad escribiendo á Pepe Luis, y, arrebatándosela de entre las manos, la he roto en cuatro pedazos, arrojándola al fuego.

¡Yo soy así!...

V

Los versos que leí yo no sé dónde.

Al levantarme de la mesa, después de una comida que Blanchette y Musette, mis gatas favoritas, han animado con sus juegos, que han puesto en peligro la cristalería, contemplo tras los cristales del balcón el parque, cubierto por un manto de nieve, y no puedo dominar la tentación de colocarme rápidamente las polainas de paño y envolverme en mi gabán para bajar á corretear por el piso inmaculado, donde los pájaros han marcado con sus patas menudas estrellitas.

¡La nieve! Corro por ella, que cruje como un cristal, más que de prisa, creyendo que todavía me sigue la sombra del Pepe Luis entrevisto en sueños, y mis pasos resuenan alegremente en



la tristeza del parque, silencioso y desierto, espantando á una paloma torcaz, de buche amoratado, que saltaba sobre el helado musgo.

¡Qué bien caminaría yo por estas blancas avenidas, del brazo de mi grandullón, mirándome en el agua azul de sus hermosos ojos, cuyas miradas he perdido hace tantos meses! ..

—¡Claudina! ¡Claudina!—oigo exclamar á mis espaldas, con un timbre de voz que no me es desconocido.

Vuelvo la cabeza... y es Pepe Luis, enfundado en un gabán marrón y con la gorra calada hasta los ojos, quien me llama tendiéndome la mano.

Primero el estupor, luego la indecisión me clavan en el suelo.

—Claudina—insiste él acercándose más á mí, cogiendo mis manos entre las suyas, enguantadas.

Al sentir la opresión de sus dedos me repongo, y contesto bajando los ojos:

—Hola, Pepe Luis. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Hay un silencio embarazoso, y en seguida él propone:

—¿Qué hacías por la nieve? ¿No tienes miedo á una pulmonía? Vámonos arriba antes de que te enfríes.

Y luego, cogiéndome familiarmente del brazo, como si nada hubiera sucedido entre los dos, agrega:

—Acabo de llegar de Madrid. Eufrasia me dijo que estabas en el parque y he querido bajar por ti. ¡Tenía tantas ganas de verte! Hemos de hablar largamente.

Otra vez el estupor vuelve á dominarme y oprimo fuertemente su brazo contra mi pecho para cerciorarme de que no sueño.

Ya en el comedor le ayudo á despojarse del gabán, que dejo sobre una silla, y le ofrezco una butaca junto al fuego. Estamos solos en la estancia, llena de claridad y silencio, sólo turbado por el tic tac del reloj, y diríase que en el ambiente hay *un no sé qué* de expectación. Algo así como si se avecinasen grandes acontecimientos.

— Seguramente — empieza Pepe Luis, retrepándose en la butaca— te chocará mi visita. Ante todo, empezaré por pedirte mil perdones por mi conducta pasada y rogarte

que la olvides: luego te diré á qué obedece.

Yo le escucho con creciente interés, dando vueltas entre mis manos á su sombrero, que de cuando en cuando acerco á mi rostro para aspirar el perfume que ha dejado en él los cabellos de su adorable dueño, á quien contemplo con ese arrobamiento del creyente fanático que al fin consigue ver aparecer al dios de sus amores.

—Claudina—continúa él mirándome tiernamente—, estoy convencido de que el amor es algo más que la armonía voluptuosa de dos seres. Voy á ser franco contigo. En este tiempo que estuve separado de ti me he persuadido de que te amo más de lo que creía. Claudina, ¡yo no puedo vivir sin ti!...

Y una pequeña pausa acentúa su desesperada confesión. No puedo vivir sin ti—prosigue—, y he venido á humillarme ante ti, á pedirte perdón por mi incalificable conducta y á tratar de reconstituir aquel amor que tan felices nos hacía. ¿Te acuerdas?

Yo por ti estoy dispuesto á afrontar todas las situaciones, por difíciles que sean. Y si no pudiendo casarnos por ahora, nuestras intimidades transcendieran y el escándalo sobreviniera, yo rompería con mi familia y cumpliría mi deber de vivir siempre á tu lado. ¡Todo menos seguir sufriendo como hasta el día!



Te adoro: tú eres la sola mujer que yo he amado, y es en vano que trate de sustituirte en mi corazón. Jamás podré arrancarte de mí. Mis labios sólo se estremecen cuando pronuncian tu nombre y mis ojos no sonríen sino al evocar los tuyos. Créeme, si te digo que durante el tiempo de nuestra separación todas las mujeres que he tenido han estado celosas de ti. Y con mucha razón, porque yo les brindaba un alma que tú has marchitado y unos labios que incesantemente te recordaban. ¿No es hermoso ser adorado así? ¡Oh mi sol, mi dulce ensueño amoroso, volverás á pertenecerme para siempre?



—¡Ah!—exclamo—. ¿Pero es cierto que aun me amas?

—Más que nunca—responde él con presteza firmemente.

—Entonces, amigo mío —pregunto levantándome de mi sillón para sentarme en el brazuelo del suyo—, ¿por qué intentaba usted separarse de mí?

Y un beso silencioso concluye la frase.

—Porque... he querido olvidarte y acostumbrarme á vivir sin ti. Mas como eso no ha podido ser, vuelvo á tus brazos arrepentido y amoroso.

—¡Oh Pepe Luis! —exclamo desconcertada separándome de él y rehusando sus manos que oprimían mi cintura—. Yo te suponía un poco egoísta, pero no tanto. Ahora me doy cuenta de que no eres sino un monstruo de egoísmo y es cuando nuestra reconciliación se hace imposible. Tú no has vuelto á mí porque me amases, sino porque no te podías pasar sin mí. Es decir, que si tú hubieras podido prescindir de mi amor, no habrías intentado reconstituirlo, y mi sufrimiento no hubiese significado nada para ti, mientras recobrases la tranquilidad.

—Pues bien, amigo mío—concluyo—; yo no acepto tu amor en esas condiciones. Quiero que se me ame por mí misma y no *porque no se puedan pasar sin mí*. Desde ahora te digo que todo ha terminado entre nosotros definitivamente. Lo que no habían conseguido diez meses de desprecios, humillaciones y desdenes, lo

ha logrado esa confesión tuya en un momento. Ya he dejado de amarte.

Pepe Luis, erguido sobre su asiento, pálido y desconcertado, me contempla sin saber qué replicar.

—Esta tarde — torno á decir — será la última que pasemos juntos. Cuando, acabada la merienda, tú regreses á Madrid, yo me haré la ilusión de que he soñado, y tú en el tren debes pensar que no me has encontrado, y mañana podremos llorar los dos amargamente al comprender que se reconstituye una gran fortuna, pero no se reconstituye el amor... Porque el egoísmo, el recuerdo, la conveniencia... y la fatalidad jamás lo quieren.

Pepe Luis, aplanado, con sus ojos azules, que yo encontraba antes tan hermosos y que ahora me resultan vulgarísimos, fijos en el suelo, murmura quedamente tratando de contener unas lágrimas que asoman furtivamente á su rostro:

—Claudina, Claudina... ¡Parece mentira, con lo que me has querido!..

—Sí, Pepe Luis —respondo —. Yo te amaba, pero...

Y sobreviene un gran silencio que no sé cuál de los dos se atreverá á romper...

Mentalmente recito estos versos que he leído yo no sé dónde:

«Tan tierna y locamente te he querido
que olvido todo el mal que tú me has hecho,
y lloro por tu alma perdida para siempre...»

Claudina Regnier

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL



LA NOVELA
DE
BOLSILLO

GONZALO DE CÓRDOVA, 22
MADRID
Teléf. 4.610 :-: Apar. 644

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL